

## LA BELLEZA DE LAS PALABRAS



Hablamos, escuchamos e intercambiamos sonidos sin llegar a percibir la mayor parte de las veces que usamos palabras escogidas al azar de una biblioteca mental que, según la hayamos sabido rellenar, nos permitirá expresarnos mejor o peor. En los últimos años se ha puesto de moda hablar mal, buscar atajos al lenguaje, castrar las conversaciones por el mero juego de los intereses comerciales, que han elevado a los cielos a tipos vulgares y mal hablados, aunque en realidad se hayan dedicado a matar la ancestral, viva y preciosa lengua castellana.

De entre todos los que la usamos, a mi me gusta especialmente como utilizan el castellano los argentinos, los uruguayos, los venezolanos o los peruanos, pues no les avergüenza utilizar palabras cervantinas que los españoles despreciamos por considerar que son cursis o desacomodadas en el tiempo. La riqueza de su jerga se suele ver contrarrestada por el maltrato que hacemos a diario los españoles, a la postre, los inventores del idioma.

Las palabras que tienen derecho a prolongarse en el tiempo son aquellas que son mejores que el silencio, y creo que estas deberían ser muy pocas. Pues, los silencios, se componen también de palabras insonoras, de frases mentales cargadas de verdad, que jamás utilizamos para retar a los otros, ni para ganar tal o cual batalla dialéctica.

Expresarse con propiedad es admirable. Escuchar a esas gentes que saben poner en cada conversación la palabra adecuada es un placer, pues convierten un acto casi irreflexivo como el de hablar en todo un arte. Me da pena el poco caso que se le da entre los jóvenes al idioma, a la lengua, a las palabras. Los traductores de películas y videojuegos se han convertido en sus profesores de literatura, y esto no pude acabar bien para un idioma como el nuestro, en el que, incluso, se traduce al castellano desde los Estados Unidos. No hay más que leer unas instrucciones de un aparato que se fabrique fuera de nuestro país para advertir cuanto digo. Por eso, ha sido y es tan importante el trabajo que se desarrolla en los Institutos Cervantes de las diferentes capitales del mundo; sin ninguna duda, han contribuido a que la puerta de nuestra lengua se pueda aprender a cruzar con propiedad, con rigor. Que aquellos que de verdad quieren aprender el castellano, tengan unos referentes estables y sólidos de nuestra vieja lengua común.

Así como la utopía siempre está en el horizonte, pues, cada vez que camino diez pasos este se aleja otros diez, también con el idioma se da el mismo fenómeno, pues, cuanto mejor nos empeñamos en hablar o escribir, el correcto uso del lenguaje se nos aleja de nuevo al compararnos con aquellos que tienen el don de la palabra, de la oratoria, del correcto uso de un idioma.

Pero no por ello hay que desistir. Cada uno construye su

mundo lingüístico, y siempre que sea respetuoso con las palabras, será un trabajo fiel. Entonces, podemos llegar a preguntarnos: ¿para qué sirven las palabras? Pues como la utopía, para seguir caminando.